

De función pública

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 69

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: JOSÉ BLANCO, *O caballo de Alberto Merlo*,
CREADA PARA EL FESTIVAL MIL PRIMAVERAS
COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

JAIME IZQUIERDO VALLINA

De función pública ¿Cómo va el mundo?

Ilustraciones: XOSÉ BLANCO

© textos: Jaime Izquierdo Vallina

© ilustraciones: Xosé Blanco

© ilustración de cubierta, Xosé Blanco y Ouvirmos s. L.

© de esta edición, Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-793-3

D.L.: AS-709-2023

Grafinsa. Oviedo

Índice

DE FUNCIÓN PÚBLICA

Presentación	15
------------------------	----

DE LO LOCAL, DE LO RURAL

El Tributo de las tres vacas	29
Se vende bino	35
Otras agriculturas son posibles y necesarias . .	41
Manual de primeros auxilios para saber quiénes somos	49
El día que aprendí a mirar	55
Lo más natural	71
Memoria de pan	77
El planificador	83
La reintroducción del paisano	89
El camino de Mino	97
Agricultores de cabecera	109
Los Lagos en versión original	115

Oviedo debe mirar al campo	125
Y eso que no estudié	131
Volver al Cantón	139
La conquista del pan	143

DE LA ALDEA

Breve introducción a la ecología campesina . . .	153
Los campesinos no tienen quién les escriba . . .	159
Volviendo a casa	165
Alta costura	171
Lección de alta política en Belonciu	175
Elena Ferro y el regreso de los <i>zocos</i>	181
Aldeanismo y ordenación del territorio	189
Por qué leer a los paisanos	197
Lo que la ciencia no ve, el paisano no lo presta . . .	207
De bomberos y pastores: lo urgente y lo importante	217
La aldea en la memoria y el porvenir	223
La aldea entre el carbono y el silicio	231

DE TODO UN POCO

Autos Cabranes <i>air lines</i>	243
El libro que no quería ser libro	249
La ardilla	251

Por los cementerios de París	255
Los leones gallegos de Covadonga	261
Todo el mundo cabe en Canarias	267
Tiendas de pinchu.	273
Memoria del lugar	279
El cementerio de Bausen	283
Los hijos de Robert Graves	287
Vamos para él	291
Xuacu Amieva, gaiteru	295
La comunidad del vagón	301
Baiona, el primusterre americano	307
Poesía para el más allá	313

DE MIL PRIMAVERAS MÁS

El hombre al que le comían los papeles	325
Ya no hay médicos como los de antes	331
Los caminos de Álvaro Cunqueiro	337
Camino de Faneland	343
La <i>Calendula Belmontensis</i>	349
Cuando los coches empezaron a volar	353
La muerte de un paraguas	361
Punto kilométrico 23,57	365
Xan el invisible	371
El reino de Tooparao	377

AUTORES

Jaime Izquierdo.	385
Xosé Blanco	386

De función pública

Una tarde de verano, Alberto Merlo le dio a su caballo una merienda de hierba fresca, y después se sentó en el cepo de partir la leña a leer el periódico.

El caballo merendó, pasó su cabeza por encima del hombro derecho de su amo, y con voz humana le preguntó:

—¿*Cómo vai o mundo?*

Álvaro Cunqueiro,
El caballo de Alberto Merlo

Presentación

Xuan Bello cuenta en su *Historia universal de Paniceiros* que siendo niño una tarde en la escuela el maestro les pidió que dibujaran el mundo. Xuan intentó plasmar en el papel los contornos de los continentes dentro de un círculo planetario y lo consiguió a duras penas estrujando la aún breve memoria infantil y tirando del recuerdo vago de un mapamundi. Su compañero Zoilo, por el contrario, estuvo meditando un buen rato y mirando por la ventana hasta que se arrancó a dibujar. Cuando terminó, en el mundo de Zoilo estaban representadas «las catorce casas de Paniceiros, el lugar de Bustarniega enfrente, y el caballo de Jimmy, muy grande y azul, pastando en unos prados que llaman del Curqueidar».

A la pregunta del caballo —¿cómo va el mundo?—, que sirve de subtítulo a esta recopilación de artículos, Alberto Merlo bien hubiera podido contestar ¿cuál de ellos? si no fuera porque la interpela-

ción del animal era puramente retórica y no tenía otra finalidad que dar pie a una conversación fantástica.

Porque el mundo no es solo uno. Están los millones de mundos personales, con sus preferencias, diferencias y experiencias personales —de los que habla Yi-Fu Tuan— o los mundos rurales, locales, a los que se dedican la mayor parte de los artículos de este trabajo, por citar solo un par de ellos. El mundo, o los mundos que se asoman a estas páginas, son de la misma especie que los que pintó Zoilo aquella tarde.

Son los mundos de un pasado y una inteligencia campesina y natural que exigen respeto y reconocimiento y que quieren, pueden y deben servir de inspiración, que no de réplica, para construir el futuro. Porque del pasado se aprende, pero no se vive en él. Son los mundos que aspiran a recuperar una renovada función pública de interés general. Aquella que durante milenios nos abasteció de alimentos singulares y que creó, gestionó y dio sentido común a los paisajes rurales más inteligentes del país, ahora a la deriva. Es el mundo que retrata la función pública desarrollada por la economía y la cultura campesina que se expresa en cada lugar conforme a sus circunstancias.

A un viejo campesino de Tejeda, en la isla de Gran Canaria, le preguntaron en una entrevista sobre la vida y el hombre desgranó la suya, su periplo, el amor de juventud, la Guerra Civil, el regreso a casa, la boda, la familia, los hijos... Explicó además que cuando plantaba sus «papas» en el *asocado* andén del risco sur sobre el barranco, aguardaba con ilusión por el día que brotaría de la tierra la primera hoja verde de la primera papa de la temporada porque esa mañana volvería otra vez la vida. Seguramente el país, el mundo si se quiere, de ese campesino no tendría más ancho que la tierra que cultivaba, ni sería más largo que el camino que le traía y le llevaba de vuelta a casa. No era más grande que eso y, sin embargo, era más que suficiente para ser feliz.

Hubo un tiempo, no muy lejano —el mismo en el que vivieron Alberto Merlo y su caballo— que para ver cómo iba el mundo exterior, o para hacerse una idea, bastaba con asomarse un rato al periódico. Entonces el mundo interior, el local, era más importante que el de fuera, el global al que apenas se tenía acceso. Pero ahora, eso ha cambiado. El mundo se ha hecho global, nos invade, lo ocupa todo y hace que el local, el rural de aldea, viva en la anochecida.

Por eso y a pesar de todo, ahora es más posible que nunca y más necesario también, hacer nuestro propio mundo desde lo local y armarlo bien para que sepa sacarle partido y navegar por lo global. Para eso, que siendo factible no es sencillo, necesitamos tanto capacidad de creación, como iniciativa y sobre todo un proyecto común, comunitario y compartido, para hacer que nuestra aldea sea un buen mundo. Un buen lugar para vivir.

En gran medida, el mundo global que pintó Xuan va mal porque van mal y se mueren los millones de pequeños mundos diminutos, celulares, locales, entrañables y humanos que pintó Zoilo. Las pequeñas geografías rurales y las comunidades que las vivieron durante siglos no son capaces ahora de remontar vuelo, de buscar su lugar en la historia sin renunciar a su cultura, a su identidad y a reinventar el bienestar. No son capaces de pensar por ellas mismas porque, por una parte, la cultura y la forma de proveernos de normas son estrictamente urbanas y nos cortan las alas y, por otra, no somos capaces de pensar más allá, de sacar partido a lo que tenemos alrededor, de organizarnos de otra manera, de crear comunidad, de volver a relacionarnos saludablemente con la tierra.

El mundo va mal porque, entre otras cosas, hemos perdido la función pública que desempeñó el campesinado sobre la tierra, y sobre la Tierra. Porque liquidamos su conocimiento y su saber ser y estar. Porque estamos perdiendo la capacidad de crear vida con nuestras manos, sea en forma de cabrito, sea en forma de manzana o cebolla, sea en forma de paisaje.

El mundo y la humanidad que lo habita van mal porque sus dos mejores inventos, las dos grandes civilizaciones creadas por el ingenio humano, la ciudad y el campo, van mal: una se ha descarriado, la otra se extingue y, además, no se entienden entre sí. La raíz del problema no está en el cambio climático —que es solo un síntoma, no una patología— sino en el cambio humano y la desafección del hombre con la tierra, lo que nos ha convertido en extraterrestres en nuestra propia casa. Hasta que no nos «humanicemos» de nuevo y en el doble sentido del término, no tendremos arreglo.

Frente a este desastre en ciernes, recurrimos como antídoto a lo público que en términos políticos se vincula, principalmente, a la educación, la salud y las prestaciones sociales como una trilogía sobre la que se cimentó en Europa el estado del bienestar después

de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, nunca nos hablaron de otro tipo de función pública, entendida de otra manera y con otra perspectiva, que tiene que ver con la producción orgánica y culta de bienes de interés general que las prácticas campesinas, convertidas en civilización organizada localmente en comunidad, aportaron a la humanidad durante milenios de prevalencia. Una función que en el pasado nos permitió evolucionar como especie ecológica y no solo tecnológica. Recuperar esa función pública de un campesinado redivivo debería ser una prioridad política para evitar la «defunción pública» del campo y alentar un nuevo progreso.

De eso habla este libro, de una bella forma de hacer comida saludable, de aprovechar las energías renovables, de vivir con calidad y de crear paisajes culturales. De una forma de hacer para que la aldea del futuro «sea bella para los ojos, bella para la mente y bella para el alma», como me dijo en una reunión en Coímbra mi amigo Rui Simão.

El texto se organiza en cuatro capítulos. El primero explora lugares mayoritariamente rurales y descentraña aprendizajes que desde lo local, lo rural, aspiran a ser universales como en su día nos sugirió Lev Tols-

tói. El segundo se detiene en la aldea, esa pequeña estructura urbana inteligente que creó el campo, inventó la gastronomía y dio forma al paisaje con rostro humano y para la que urge crear un nuevo estilo de vida gratificante. El tercero, enreda con un cajón de sastre de artículos donde leer casi de todo un poco y, finalmente, el cuarto, desemboca en las mil primaveras del inspirador Álvaro Cunqueiro, cronista de los mundos gallegos en donde, por razones de vecindad y querencia, se desenvuelven buena parte de estos escritos y nacieron, de la mano de Xosé Blanco, las ilustraciones que los acompañan.

Howard Phillips Lovecraft apuntó en su *Cuaderno de ideas* la historia de un castillo fantástico, construido a la orilla de un río, cuya imagen majestuosa siguió reflejándose eternamente en las aguas después de ser destruido. De forma similar, la construcción histórica de los paisajes campesinos sigue, de momento, reflejada en el territorio, aún a pesar de que los campesinos se hayan ido. En cierto sentido, esta colección de relatos se urde como un conjuro para que regresen, para que regrese el sentido común y para restaurar nuestra relación cordial y humana con la tierra que, por añadidura, también lo sería con la Tierra.